

En esta monotonía de la cantinela del romance lo que le da esa impresión de temporalidad definitiva. Pero lo temporal está no sólo en su estructura, sino en su propia historia. Forma derivada de la primera manifestación literaria castellana, forma adoptada por el pueblo, en razón de su sencillez y naturalidad, es también propia de las tierras que iban a constituir el núcleo aglutinante de lo español. Están, pues, unidos al nacimiento de nuestra lengua y de nuestra historia. Y es esto lo que da una nueva dimensión a la temporalidad del romance: La temporalidad histórica, que viene a enriquecer este sentido de temporalidad intrínseca de su estructura que antes hemos señalado.

Pasando ya al análisis de *La Tierra de Alvargonzález*, una vez señalada la coherencia de esta idea de construir un nuevo Romancero dentro del pensamiento de Machado, vamos a señalar sus principales rasgos y su relación con los más característicos temas y motivos del autor.

1.º La degradación histórica. El sentido temporal viene marcado por la más absoluta decadencia.

Recordemos el principio del poema:

*Siendo mozo Alvargonzález,
dueño de mediana hacienda,
que en otras tierras se dice
bienestar y aquí opulencia,
en la feria de Berlanga
prendóse de una doncella
y la tomó por mujer
al año de conocerla.*

El tono está directamente inspirado por el de los cantares de ciego. El cantar de ciego supone una degradación del primitivo romance. El ciego se nos presenta como un juglar degradado; el primitivo cantor del poema, de la canción de gesta, se dirige a una casta aristocrática y guerrera, que ocupa la cúspide de la pirámide social. El juglar, cantor de romances, se dirige al pueblo. Hay ya un descenso en la función social del cantor. Pero este descenso se acentúa cuando, siglo después, el mendigo ciego dirige su canción a los elementos más bajos y marginados de la escala social, en un lenguaje que también ha sufrido un inmenso deterioro.

Pero esta degradación no es sólo del autor del poema y del público al que el poema se dirige. Alcanza también a la temática del poema. El tema del romancero tradicional es épico. Son las grandes hazañas de los héroes guerreros, que se presentan como espejo de virtudes dentro de la sociedad que produce esta clase de poema.

El romance de ciego ha perdido al héroe guerrero y toma como protagonista de sus hazañas a un hombre de pueblo, un hombre de pueblo generalmente al margen de la ley, ya que la hazaña cantada por el romance de ciego suele ser el crimen de sangre.

Un crimen de sangre —el más horrible para la conciencia popular: el parricidio— es también el tema de *La Tierra de Alvargonzález*. Machado sigue, pues, de una manera muy consciente, este camino de la degradación que lleva del viejo Romancero a la copla de cordel. Con ello, la meditación —meditación no lógica, sino poética, hecha de sensaciones y emociones; del manejo de un viejo vehículo literario aplicado a una estructura diferente y degradada— sobre el tiempo histórico se tiñe de ese sentimiento que informa la obra de los hombres de su generación, para los que este tiempo histórico español es un largo camino hacia la más absoluta decadencia.

2.º La decadencia de un paisaje. La decadencia se hace palpable en la contemplación del paisaje castellano. Este tiempo histórico que conduce de la grandeza a la miseria, que ha llevado al vehículo de la gesta histórica a ser el vehículo con que ciegos mendigos cantan crímenes sangrientos y ruines, es el que ha deteriorado también un paisaje —el de los campos de la gesta—, convirtiéndolo en estos campos malditos y desolados que llenan de melancolía el espíritu del poeta.

El paisaje para Machado guarda en su configuración restos de la antigua historia gloriosa, de su historia del cantar épico:

*La hermosa tierra de España
adusta, fina y guerrera
Castilla, de largos ríos,
tiene un puñado de Sierras
entre Soria y Burgos como
reducto de fortaleza,
como yelmos crestados
y Urbión es una cimera.*

Fortalezas, yelmos crestados, cimera. Referencias a un pasado histórico que el paisaje parece aún conservar cristalizado en piedra. Es esta pervivencia, este saber del tiempo histórico que tiene el poeta, contemplador de este paisaje testigo de las antiguas gestas, la que se proyecta en su percepción configurando la roca informe, la piedra, en estos símbolos guerreros, lo mismo que proyectamos nuestras vivencias más profundas en las informes manchas del Rorschach. El no ver esto, el considerar estas imágenes como simple producto de una moda literaria que hoy no nos parece de buen gusto y malogra la sencillez de la descripción, supone el no ir más allá de las modas; el

no darse cuenta que el poeta no está con esta clase de imágenes ejerciendo una simple función retórica —desgraciadamente la más abundante en la poesía—, sino dando a su voz una dimensión temporal, que es la que en última instancia concede a la descripción su valor poético.

Todo el paisaje soriano de Machado está salpicado de este género de imágenes. Unas veces son referencias al lejano origen guerrero, a la épica del cantar de gesta y del romance. Tenemos:

*la redonda loma cual recamado escudo,
y cárdenos alcores sobre la parda tierra
—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—*

de *A orillas del Duero*; o —también de *A orillas del Duero*— ese fantasma errante «de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra». Otras veces —«Por tierras de España»— será el «arquero / la forma de un inmenso centauro flechador», el que se presenta como numen sanguinario y fiero de estos campos. Y no sólo el campo: ríos y ciudades tienen también este carácter épico. El Duero «traza / su curva de ballesta, en torno a Soria»; Soria será «una barbacana / hacia Aragón en castellana tierra...»

Otras referencias no serán tan directamente bélicas, sino que tomarán la forma de animales, símbolos de esta nobleza, de este héroe superior que encarna la esencia histórica de Castilla. Tendremos los agudos lebreles, las águilas caudales, los pacientes toros.

Finalmente servirán también de referencia las virtudes de estos hombres, de este pueblo de señores perdidos, como calificativos a inanimados elementos del paisaje. La tierra «triste y noble», la «adusta» tierra; los «agrios» serrijones; los «infinitos» páramos...

Todos estos elementos están destinados a insuflar en el paisaje reflejos de esta pasada grandeza de la Castilla histórica, solar del romancero. Pero estos son vestigios históricos, porque hoy, junto donde reina el águila, busca el cuervo su infesto expolario; junto a las imágenes guerreras, estas tierras también nos ofrecen las de la pobreza y descomposición; y si a veces la tierra se nos presenta como evocación de arreos de un pasado guerrero, otras son «tosco sayal de campesina», o «retazos de estemeñas pardas»; los colores serán los colores de la humildad, la monotonía, la pobreza, la decadencia —pardo, gris, herrumbre, plata...—, los adjetivos insistirán en esta melancolía visión —sierras calvas, tierra árida y fría, esquelética y sequiza, estéril y raída—. Es la pobreza del presente sobre la que tan sólo hacen que superponerse, como visiones fantasmagóricas, aquellos restos de las glorias pasadas.

El nuevo romance, el romance que canta no la heroica epopeya, sino el crimen sórdido y artero, el romance que canta un ciego ante los torpes y agrios dibujos de un pintado cartelón, es el que corresponde a esta tierra degradada, degradada por las talas, el pastoreo, el paso implacable de los años... estas pobres tierras que harán exclamar al poeta:

*¡Oh tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!
Páramo que cruza el lobo
aullando a la luna clara
de bosque a bosque, baldíos
llenos de peñas rodadas,
donde roída de buitres
brilla una osamenta blanca;
pobres campos solitarios
sin caminos ni posadas
¡oh pobres campos malditos
pobres campos de mi patria!*

3.º El hombre degradado. La tierra degradada es sólo el telón de fondo sobre el que este nuevo juglar cuenta su historia. Y esta historia es la de la más profunda degradación humana: la historia del primero de los crímenes.

Machado hace referencia expresa, al hablar de *La Tierra de Alvargonzález*, al libro del Génesis. Con independencia de algunas alusiones al sueño de Jacob, y de forma más indirecta a la historia de José, el motivo bíblico que inspira directamente *La Tierra de Alvargonzález* es el tema Cainita.

Naturalmente, este es un tema subyacente, ya que la historia narrada es una historia que se presenta en un tiempo próximo al del narrador y en el marco de las tierras sorianas. Es la historia del romance de ciego al que antes hicimos referencia. Pero esta historia, que puede ser real, está narrada con una serie de alusiones fantásticas que le prestan su alre de vieja leyenda y la entroncan directamente con los viejos mitos.

La historia real es la de un parricidio. Posiblemente Machado tuvo conocimiento de algún crimen campesino que le impresionó profundamente, ya que en *Campos de Castilla* hace varias referencias a este «hombre malo del campo y de la aldea —capaz de insanos vicios y

crímenes bestiales». En *Un criminal* recoge un hecho similar al de *La Tierra de Alvargonzález*: la muerte del padre, para heredarlo, empleando el mismo instrumento para el crimen; el hacha de hierro. Pero si en *Un criminal* todos los elementos manejados son absolutamente realistas, en el largo romance están envueltos en un clima de fantasía y de leyenda.

Sobre la descripción realista de la historia, Machado va yuxtaponiendo estos elementos fantásticos —sueños, apariciones, coplas que canta el pueblo o que parece decir el agua— que envuelven este cuadro realista en un ambiente onírico e irreal, dándole ese tono intemporal, de lo eterno humano, que tienen los mitos. Posiblemente el poeta, gran admirador de Shakespeare, tuviese muy en cuenta al hacer su poema el procedimiento usado por el autor inglés para dar ese clima atemporal y mítico a algunas de sus obras, muy concretamente a *La tragedia de Macbeth*. Como en *Macbeth*, los remordimientos de los asesinos se personalizan en silenciosas apariciones. Como en *Macbeth*, «las hadas hilanderas», las parcas, han tejido desde el principio de la historia el trágico destino de los hombres.

Hay un trágico destino común a todos los humanos. Es el paso del tiempo, ese eterno fluir del agua que arrastra al hombre hacia la muerte. El hombre duerme, sueña a la vera de la fuente. En la simbología del poema, el agua que fluye, el agua que canta o cuenta la historia es la vida, la vida hecha de tiempo, que lleva hacia esa otra agua quieta, eterna e inmutable: la Estigia, la Laguna Negra.

El tiempo está presente a lo largo de todo el poema. El tiempo que lo cambia, que todo lo transforma, pero que en su unicidad, hace que todo permanezca. Cambia la naturaleza. Las estaciones se suceden a las estaciones. En este sentido, *La Tierra de Alvargonzález* se nos presenta como un Libro de Horas, con líricas referencias a los ciclos agrícolas. Otoño, Primavera, Invierno y Estío tienen su lugar en el poema. Pero esta presencia del cambio de las estaciones, aunque enmarque real en cuanto descripción paisajística de las tierras del poema, sirven para concederle su clima de temporalidad, de lo fugitivo en lo permanente.

Es en este sentido donde el mito se introduce en el poema. Ese crimen lugareño es viejo como el mundo. Alvargonzález es el bíblico Dios, que acepta los sacrificios de uno de sus hijos y rechaza los del otro. Tan sólo uno de los hermanos será capaz de hacer brotar el fuego del hogar. Los hijos de Caín, la maldición de los hijos de Caín está en esos hermanos asesinos que en vano se inclinan sobre

los surcos, que en vano trabajan la tierra, porque, como canta el pueblo

*«Cuando el asesino labre
será su labor pesada;
antes que un surco en la tierra
tendrá una arruga en la cara.»*

Los hombres pasan. La vida es como un sueño junto a una clara fuente. Pero como las primaveras se suceden a las primaveras, los hombres se suceden a los hombres. Y esa fugacidad de la vida, ese pasar de la alegría de la boda, del soñar la figura rosada y risueña del primer hijo, a las aguas profundas de la muerte, choca con ese otro misterio de lo eterno humano que, como el viejo crimen bíblico, a lo largo de los tiempos, a través de los hombres y los hombres, permanece inmutable.

Y otra vez Machado engarza lo particular, la propia visión lírica individual, con esa visión colectiva de la patria, tan propia del 98.

Esa familia soriana que Machado pinta en *La Tierra de Alvargonzález* no sólo nos muestra a través de las referencias míticas algo relacionado con lo eterno humano, sino que, mediante unas alusiones precisas, lleva al lector a considerar la historia del pueblo español, a meditar sobre los hechos que originaron esta historia degradada a la que hicimos referencia.

Varias veces Machado sostiene en sus escritos la necesidad de acudir al pueblo de entender al pueblo —ese pueblo labriego, campesino, que en su época constituye la gran mayoría de los españoles— si realmente quiere comprenderse de verdad a España. «Los elementos dominantes en España —dirá Machado— son esencial y casi exclusivamente rurales. Una visión superficial de la vida española parece sostener implícita la afirmación contraria. Clásico es ya el cuadro de la España que sufre y trabaja, arrancando con sudor el pan a la tierra y sobre cuyas nobles espaldas viven unas cuantas colonias parasitarias de ociosos y mangoneadores. ¿Es esto cierto? Concedámoslo. Pero bien pudiéramos corregir el cuadro pintado, a nuestra vez, a este mismo campesino envilecido y explotado, luciendo pomposos y honoríficos disfraces y encaramado en las cumbres del poder.» Con agudeza señala Machado la clave de una política minada por vicios que tienen su origen en una determinada estructura agraria. «De los elementos que nos empuja —no dirigen, porque no pueden dirigir lo inconsciente—, que nos mueve o arrastra a un porvenir más o menos catastrófico, están ausentes las huellas de ciudadanía. Ambos

son campesinos. Estos elementos son la política y la Iglesia o, por decirlo claramente, los caciques y los curas. En algunos casos los vemos confundidos. En otros, diferenciados; a veces, en pugna; pero siempre compartiendo el dominio, sobreponiéndose, dando el color, el carácter, marcando la dirección de la vida nacional.»

La visión que Machado tiene de este pueblo español no es precisamente idílica. Si —dirá— «de las ciudades pasamos a los pueblos, y de los pueblos a las aldeas y a los campos donde florecen los crímenes sangrientos y brutales, sentimos que crece la hostilidad del medio, se agrava el encono de las pasiones y es más denso y sofocante la atmósfera de odio que se respira».

Pero porque Machado sabe que la ruindad española sólo puede explicarse desde esta ruindad campesina producto de nuestra estructura agraria, ve la necesidad de «enviar también investigadores del alma campesina, hombres que vayan no sólo a enseñar, sino a aprender» a este campo abandonado.

Y es así como se acerca a uno de esos crímenes sangrientos y brutales para, a través de ese conocer vivencial e intuitivo que es el poema, aproximarse no sólo a la esencia del hombre abstracto, sino a ese hombre concreto que es el español. Para comprender, a través de la poesía, esa larga degradación (del Romancero al cantar de ciego; de la tierra de las águilas caudales a los páramos, por donde el cuervo busca su infecto expoliario) que es la historia de esas tierras: nuestra historia.

Nos muestra Machado en primer lugar una sociedad inmóvil, rígidamente estratificada, donde cada hombre tiene fijado su destino desde la cuna.

*Feliz vivió Alvargonzález
en el amor de su tierra.
Nacióronle tres varones
que en el campo son riqueza
y, ya crecidos, los puso
uno a cultivar la huerta,
otro a cuidar los merinos
y dio el menor a la Iglesia.*

Pero bajo esa quietud inmovilista se esconde algo tremendamente dinámico, algo que hará saltar esa falsa placidez de la aldea, tan cantada por los desengañados poetas cortesanos. Y es precisamente ese vicio que estos desengañados poetas señalan como caracterís-

tico de la Corte y que Machado, agudamente —en este aquí y ahora de lo español, tan característico de toda su poesía—, hace radicar en la aldea, el que dará su dinámica de tragedia a la falsa e inmóvil placidez del cuadro campesino, el que marcará para siempre estos campos con la maldición de la sangre derramada. Bajo la quietud de la cantada Arcadia, agazapada como un animal traicionero, se encuentra la codicia.

*El numen de estos campos es sanguinario y fiero
al declinar la tarde, sobre el remoto alcor
veréis agigantarse la sombra de un arquero
la forma de un Inmenso centauro flechador.
Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por estos campos el bíblico Jardín—
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.*

Sí; es la codicia, ese cuervo de negras alas (Machado gusta de las alegorías, esa —para Elliot— máxima capacidad del poeta de reflejar conceptos abstractos en imágenes sensibles); es la codicia, digo, la que va a romper ese falso inmovilismo de la historia —de nuestra historia—, llevándonos a través del odio y de la envidia al violento estallido del crimen cainita.

Machado, como en la obsesión de un lejano sueño infantil, verá en una lejana tarde parda y fría de invierno, en un cartel de la clase «a Caín / fugitivo y muerto Abel / junto a una mancha carmín». Esa sombra de Caín es una de sus obsesiones. ¿Y cómo no iba a serlo para un hombre del 98, para un hombre que ha visto los últimos años de la historia de su patria con una grotesca e interrumpida sucesión de luchas civiles? Y es a este tema del cainismo al que dedica el más largo de sus poemas. Pues bien, aún habrá críticos que considerarán que este poema queda un tanto alejado de su obra...

Cuando don Ramón Menéndez Pidal dice que «*La Tierra de Alvar-gonzález*, de A. Machado es otra obra moderna del romancero moderno, pero cuyo vuelo poético lleva pesado plomo: la elementalidad vulgar de un parricidio a secas, sin la profundidad del crimen de Caín, que Machado imita» está, ciertamente, ejercitando una de las más señaladas prerrogativas del erudito especializado: la de la más crasa incompreensión de todo aquello que no entra en el campo de su especialidad. Porque es precisamente esta elementalidad vulgar del parricidio la que da al romance su último sentido. Es la degrada-

ción de un mito histórico la que hace vivo y auténtico —no mera guardarropía imitativa— *La Tierra de Alvargonzález*.

Y es esta temática fratricida la que nos explica un paisaje y un empobrecimiento físico y moral. Todo dentro de una perfecta unidad, de un contexto en el que cada símbolo se abre a la múltiple interpretación que nos ofrece el mundo de Machado.

En esta tierra empobrecida por los odios fratricidas que Machado nos pinta en su poema, vaga, fantasmagórica, la sombra «del viajero / que se fue a lejanas tierras». Es el viajero la figura que nos introduce al mundo poético de Antonio Machado. Recordemos:

*«Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.»*

También Miguel, el menor de los Alvargonzález, el viajero, que partió a lejanas tierras, vuelve un día a la tierra pobre y ensangrentada. Largos años de exilio, largos ringleros de españoles arrojados de su patria por sus ideas o por su hambre, parecen volver con él. Machado hará que la tierra maldita, la tierra estéril de los asesinos, vaya a sus manos. El viajero echó —al fin— raíces en su propia patria.

*En la tierra en que ha nacido
supo afincar el indiano;
por mujer a una doncella
rica y hermosa ha tomado.
La hacienda de Alvargonzález
ya es suya, que sus hermanos
todo lo vendieron: casa,
huerto, colmenar y campo.*

¿Hay en este hombre que vuelve a la escena del crimen, en este inocente de la sangre derramada, una alusión a la España nueva que tanto deseaba el poeta?

Es posible; en todo caso, aquella obsesión por la angustia de la tierra abandonada iba a ser premonitoria. Como también iba a ser premonitoria aquella otra obsesión por la sangrienta historia a la que dedica el más extenso de sus poemas.

En el invierno de 1939, como tantos y tantos españoles al final de la más trágica expresión que puede tomar el odio cainita, la

guerra civil, Machado partía hacia una lejana tierra; la más lejana de todas las tierras, la de la forzada expatriación.

No habría de volver. En nuestra conciencia, dolorosamente, se clava hoy aquella copla de su poema, aquella copla que, trágica y profética, cantaba el pueblo...

*«La tierra de Alvargonzález
se colmará de riqueza,
y el que la tierra ha labrado
no duerme bajo la tierra.»*

ANTONIO MARTINEZ MENCHÉN

Avda. del Manzanares, 68, 7.º B
MADRID-11